

LA RUPTURA

¿Qué esperaba Prim de la conferencia? La ruptura y, por lo tanto, el reembarque. Ninguna esperanza alimentaba ya sobre cuál había de ser el comportamiento de los representantes franceses. Sobre esto existe un testimonio irrefutable: una carta de Prim a José Salamanca, fechada en Orizaba el 6 de abril de 1862, o sea tres días antes de que los plenipotenciarios de las naciones aliadas se reunieran. Que no se hace ni la más leve ilusión sobre los resultados de la conferencia se deduce de las primeras palabras del escrito: "Recibo la de usted de marzo y me apresuro a contestarla, no con la esperanza de que por medio de sus buenas relaciones en París pueda usted contribuir a evitar el cataclismo que nos amenaza, pues estoy persuadido que es inevitable, sino para dejar sentado lo que el tiempo se encargará de probar, esto es, que los comisarios del emperador han emprendido una política que llegará a ser fatal para la Francia". Y más adelante asienta: "... dentro de tres días, el 9, debemos tener una conferencia, la cual dará por resultado la ruptura de los aliados; no me cabe la menor duda..." Tan convencido está de lo que va a suceder que asegura a Salamanca que a mediados de mayo habrá reembarcado ya sus tropas, material y ganado y que él podrá salir para La Habana y llegar a España en julio o agosto. Carta amistosa, explicativa de su proceder, quizás escrita con fines políticos, que contrasta con la que Serrano manda a Prim en esos días (7 de abril) contestando a la suya del 29 de marzo.

y en la que censura, claro está que con mucha suavidad, el proceder del plenipotenciario español.

La reunión tuvo el resultado previsto por Prim: "En la conferencia que ha tenido lugar en el día de hoy —escribía el conde de Reus al general Serrano— entre los comisarios de las naciones aliadas, han declarado abiertamente los de Francia, que no seguirían tratando con el gobierno existente en México y que se hallan en el caso, en virtud de las órdenes de su gobierno, no sólo de seguir prestando su apoyo y protección a los emigrados Almonte, Haro y demás, sino de dar principio a las hostilidades sin esperar el día fijado para las conferencias con los ministros mexicanos. Como esta línea de conducta es de todo punto contraria a la Convención de Londres y a las órdenes recibidas de los gobiernos de España e Inglaterra por sus representantes, Sir Charles Wyke y yo, hemos resuelto retirar las fuerzas de nuestras respectivas naciones"¹.

Pero hubo algo más en la conferencia: de una interpretación particular del tratado de Londres², se pasó a la calumnia, y aunque el acta —redactada por los mismos plenipotenciarios dada la trascendencia de las resoluciones— fué sin duda suavizada en expresiones, es suficiente para comprender la animadversión que los franceses profesaban al general Prim. Le consideraban responsable, más que a Charles Lenox Wyke —arrastrado según ellos por el conde de Reus—, del mal resultado que, por el momento, tenían las ambiciones napoleónicas.

Y la calumnia salió a relucir cuando Prim, ya rota la alianza convenida en Londres, pidió explicaciones al

¹ Despacho de Prim a Serrano, fechado en Orizaba el 9 de abril de 1862.

² "El almirante repite que se reserva la interpretación del tratado de Londres y que desde luego acepta toda la responsabilidad; añade que este derecho pertenece igualmente a cada uno de los comisarios, sin que esto pueda ligar en manera alguna a los gobiernos que concluyeron aquel convenio". (Acta de la Conferencia del 9 de abril).

conde de Saligny sobre unas palabras que tenían suma gravedad y que afectaban a su honor. Saligny, muy sorprendido por la entereza del plenipotenciario español, confesó que, efectivamente, él había dicho al coronel Menduñía, gobernador de Veracruz, y al Sr. Cortés, cónsul de España en aquel puerto, que "si el conde de Reus censuraba el proyecto de la monarquía en favor del archiduque, era porque él mismo aspiraba a la corona de emperador"¹; pero ante la insistencia de Prim para que presentara las pruebas que había dicho poseía, se excusó intentando quitar importancia al hecho y afirmando que "no hizo más que repetir lo que se decía alta y públicamente". Y, no obstante —ya hemos visto el origen de esta absurda versión—, la calumnia fué cobrando cuerpo, principalmente en Europa, y ha llegado hasta nuestros días en texto recientemente editado². Especialmente en Francia había un gran interés en desacreditar a Prim presentán-

¹ Acta de la Conferencia del 9 de abril.

² "Este acto —el de la retirada— le ha valido a Prim ser exaltado hasta las nubes. Pero en la Historia ha quedado la preocupación de que no todo fuera desinterés, sino despecho. Un historiador, don Pío Zabala, se expresa así: 'Por nuestra parte también se llevaban secretas miras en aquella expedición, pues mientras la reina acariciaba la idea de entronizar en Nueva España un príncipe español, el general Prim dió margen con su actitud y sus palabras a que pudiera sospecharse que sus ambiciones le estimulaban a forjar planes de personalísimo engrandecimiento.'" Angel OSORIO y GALLARDO: *Orígenes próximos de la España actual*. Buenos Aires, 1941. Al parecer, pues, Angel Osorio y Gallardo participa de la sospecha. La cita a la obra de Zavala corresponde a: *Historia de España y de la Civilización Española*. Tomo V, vol. I. Barcelona, 1930, pág. 490. —Lo más sorprendente y en verdad desorientador es que Angel Guimerà, famoso poeta catalán, entusiasta de Prim y de sus gestas, escribiera en tono apoloético:

*Mireu-lo; és ell, el fill de la victòria,
la vergonya i la por del musulmà,
el noble orgull i l'esplendent glòria
del poble català
Refiat de ton braç i t'ardidesa
i en els cors mexicans que et diuen llei
guanyar podies l'arriscada empresa
i coronar-te rei.*

dolo como un ambicioso sin escrúpulos, y a tal grado llegó a extenderse esta interpretación particular de sus propósitos, que incluso el emperador la creyó. Eso parece deducirse del hecho de que, aun después de la retirada de las fuerzas españolas, los franceses siguieran propagando la versión. La misma emperatriz Eugenia escribía a la archiduquesa Carlota: "...El pobre general Almonte ha sufrido mucho en los últimos tiempos a causa de la mala voluntad del general Prim y de sir Charles Wyke. El primero quería trabajar para él mismo y el delegado inglés lo animaba porque sabía muy bien que en último término sería fácil hacerle una jugada..."¹

En España había también de correr la noticia como reguero de pólvora. La nueva iban a aprovecharla los adversarios de Prim para atacarlo y hundirlo, como sin duda con este fin ya la había lanzado el general Serrano en la carta a García Tassara. Prim no se preocupó mucho de rebatirla; ahí están, es verdad, sus palabras en el Senado hablando del incidente, pero en el tono de los párrafos, en la ironía de las observaciones, que salpica con alguna anécdota², se adivina un vivo desprecio para los que así interpretaban su proceder. Además, de ser cierta su ambición, la actitud que adoptó no sólo no era adecuada, sino absurda. ¿Cómo explicarse que hubiese abandonado México? Le hubiera bastado —según dijo él mismo— ponerse al frente de españoles y mexicanos, caer sobre los franceses y no dejar uno en pie. "Este era el camino del imperio —exclama con cierta ironía—: hacerse libertador de México".

¹ Carta fechada en las Tullerías el 7 de julio de 1862.

² "Recuerdo con este motivo lo que me dijo un augusto soberano hace algunos años, a propósito de ciertas ambiciones que suponían a un elevado personaje. Decía el príncipe con mucha gracia: 'Si nosotros, que nos hemos mecido en la cuna de cien reyes, apenas nos sostenemos en el trono, ¿qué ha de suceder a los que no han nacido en tan alta cuna?'" (Discurso de Prim en el Senado, 11 de diciembre de 1862).

Cuando salió de la conferencia y pidió el mismo día a Serrano el envío de buques a Veracruz para poder llevar a cabo el reembarque, Prim estaba preocupado por otros problemas, especialmente el de la salubridad de las tropas a él confiadas. En cuanto a la resolución tomada no ignoraba su gravedad, pero la había meditado largamente durante muchos días e incluso se había adelantado a hacer parte de su propia defensa —que más tarde expondría ante el Senado— en la carta a José Salamanca ya antes citada: "¿Qué dirán la reina y el gobierno de España cuando sepan el embarque de las tropas? El primer momento será de sorpresa, luego los amigos míos y los imparciales aprobarán mi resolución. Mis enemigos y adversarios pondrán el grito en el cielo, creyendo llegado el momento de hundirme...". Así era de prevenido Prim y conocía ya —sin que le amedrentara, decidido a arrostrar la impopularidad— la reacción que su actitud había de producir en la Península.

Estas reflexiones anteriores a la conferencia, hablan muy elocuentemente de la idiosincrasia de Prim, a quien le hubiese sido muy fácil seguir a los franceses y llenarse de gloria. No obstante, arrojó el grave riesgo de la impopularidad y prefirió ser leal consigo mismo y con lo convenido, a inmortalizarse en una hazaña impropia de un soldado. "Además —son sus mismas palabras— la reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado; el emperador me hubiese honrado con la Legión de Honor; hubiera sido duque de México y marqués de otra parte..."¹ Así vemos a Prim ambicioso, pero dispuesto a sacrificar su carrera, riesgo que conocía antes de tomar su decisión en aras de la libertad y del cumplimiento de un pacto.

¹ Discurso de Prim en el Senado, 11 de diciembre de 1862.

Sus temores de que se levantara unánime la protesta española, mayormente en el pueblo ávido de gloria y confiado en una empresa que desde Europa se juzgaba fácil, no afectaban, como él podía suponer entonces, al gobierno, siempre indeciso y un poco a remolque —a diferencia de Prim— de las intrigas de Napoleón. No obstante —buen augurio—, el mismo día de la ruptura entre los plenipotenciarios de España e Inglaterra con los de Francia, el ministro de Estado realizaba las últimas gestiones con Francisco de Arrangoiz para establecer una monarquía borbónica en México. El emigrado mexicano consideró que era demasiado tarde para pensar en un príncipe español. Calderón Collantes insistió todavía, sin resultado alguno.

¿Qué le hubiese sucedido a Prim si, en lugar de fracasar la gestión de Calderón Collantes, se llega a un acuerdo? Probablemente le hubiera salpicado el desprecio lanzado desde palacio. Sin embargo, el despecho que debió sentir la reina Isabel ante las razones de Arrangoiz, nos explica ahora su complacencia ante la energía Prim, que evitaba a España el enjorro de convertirse en fante de la farsa imperial mexicana en la persona de un príncipe extranjero.

Inglaterra, de otra parte, había aprobado la política de su representante; a las preguntas formuladas por Lennox Wyke¹, contestó J. Russell: "El general Prim y el representante de la reina tuvieron motivos fundados al protestar contra el permiso dado por M. Dubois de Saligny al general Almonte y al padre Miranda, para penetrar al interior de México bajo la protección del pabellón francés. El general Prim ha tenido muchísima razón para decidirse a retirar sus tropas si el representante de Francia persistía en semejante conducta. La opinión del

¹ Véase más atrás, pág. 282.

gobierno de S. M. B. es que en el caso en que el representante de Francia persistiese en su conducta, la Convención del 31 de octubre no deberá reputarse como rota o terminada, sino que deberá tan sólo ser reputada como suspensa. Esta última respuesta servirá de norma a vuestra conducta respecto a la ocupación de Veracruz y a vuestra posición personal. En lo que toca a Veracruz, el gobierno de la reina es de opinión que la ocupación de esta plaza en nombre de los aliados, deberá continuarse hasta que hayan sido enviadas nuevas instrucciones a los agentes de las tres potencias aliadas. Dentro de un corto período podrá haber, ora un cambio en la política francesa respecto a México, ora una modificación espontánea del gobierno de México; y en uno y otro caso la Convención de Londres podrá volver a ponerse en vigor. Por lo que hace a vuestra posición personal, si la Convención llegase a ser rota, os retiraríais a las Bermudas y allí esperaríais nuevas instrucciones de la reina"¹.

No hay, pues, ningún peligro por parte de Inglaterra. La posibilidad señalada de que se rompa la alianza y la previsión que hace dictar instrucciones a su representante en México, casi equivalen a un deseo. Prim puede contar, por lo tanto, con varios factores favorables que en su hora habrá de poner en juego para justificarse.

A pesar de su determinación, el conde de Reus no dejaba de preocuparse por las posibles consecuencias que su actitud podía tener. Mil veces había buscado, sin hallarla, una solución satisfactoria que no fuera tan radical; mil veces había dado vueltas al asunto para ir a dar, al fin, con la única salida: la de la retirada de las tropas españolas. ¿Qué caminos podía seguir? Acompañar a los franceses en su marcha y en la guerra, o aguardar, imparcial, nuevas instrucciones del gobierno una

¹ Comunicación fechada en Londres, abril de 1862.

vez expuesto el caso, y cerrar el paso a los franceses aunque fuese a la fuerza. Si acompañaba a los ejércitos del emperador —tentación para un aventurero, pero no para un soldado como Prim—, ¿qué iba a suceder con los miles de españoles que radicaban en el vasto territorio de la República? Se alzaría contra ellos la furia del pueblo mexicano y no encontrarían amparo ni justicia en parte alguna. Además, la solución, como hemos visto, repugnaba demasiado a Prim para tomarla en cuenta. Por otra parte, el representante inglés, decidido a no seguir a Francia y a España, hubiese acusado a Prim, junto con los representantes franceses, de haber violado la Convención de Londres. Y existía aún —razón de mucho peso— el compromiso de Francia, España e Inglaterra con los Estados Unidos. Prim conocía —y quizás fué el único español que en aquellos días tuvo una visión exacta del problema— cuáles eran los anhelos de la gran República del Norte y esto le hizo comprender, aparte del poderío de los Estados Unidos, el valor trascendental que para todos los norteamericanos había cobrado la doctrina de Monroe. Hubiese sido una locura y una insensatez exponerse a una guerra con los Estados Unidos, mayormente cuando Cuba y Puerto Rico eran territorios codiciados y las inquietudes de independencia manifestadas en distintas ocasiones en las islas antillanas se habían visto favorecidas por el gobierno norteamericano. Prim presentía ya entonces que Cuba iba a perderse y que la influencia de los norteamericanos en la lucha no podía ser contrarrestada ¹.

¹ Resultan extraordinariamente elocuentes en este sentido las palabras de Prim en el Senado: "Durante muchos años se ha creído en España, y en Europa, que los Estados Unidos era una nación de comerciantes, cuidándose poco de las cosas de guerra, sin espíritu militar, sin elementos militares y, por lo tanto, sin posibilidades de hacer la guerra ni aun en su propio país. Pero ya la Europa puede estar convencida de que no es

Si aguardaba, después de exponer el caso, nuevas instrucciones del gobierno —solución al parecer la más sencilla y la más adecuada, y que fué expuesta en múltiples oportunidades por los adversarios de Prim en España en los días en que tanto se discutió su proceder—, se exponía a un conflicto con los franceses, que hubiesen llegado en seguida a las posiciones del ejército español en Orizaba. La respuesta del gobierno había de dilatarse más de dos meses y durante este tiempo podían suceder dos cosas: Que las tropas francesas entraran victoriosas en la capital o que fueran rechazadas. En ambos casos el proceder del plenipotenciario, cualquiera que hubiese sido la respuesta del gobierno, resultaba triste y gris: si la victoria sonreía a los ejércitos de Napoleón, la suma de los esfuerzos españoles —si es que O'Donnell ordenaba el avance— iba a parecer una decisión tomada a resultas del éxito; si la derrota era el resultado de la lucha, ¿cómo iba a enfrentarse Prim a los mexicanos que, a más de la razón, contarían ya entonces con la asistencia de la fuerza, multiplicada por el entusiasmo? Suponiendo que O'Donnell ordenara el reembarque, la maniobra resultaría ridícula si las tropas francesas estaban ya en la capital; y cobarde, si eran derrotados los ejércitos de Francia. Así pues, Prim no podía perder mucho tiempo en considerar esta segunda solución. Quedaba la tercera: la de hacer frente a las tropas francesas, que era la que más rimaba con el carácter de Prim y que él confesó que

así, y los hombres de Estado deben estarlo también, de que la nación más poderosa de Europa será inferior a los Estados Unidos para luchar allá en aquella región; pues a los Estados Unidos les será bastante fácil el transportar cien mil hombres, con un inmenso material, a cualquier punto del continente, mientras que a la nación más poderosa de Europa le será muy difícil transportar siquiera cincuenta mil, si no quiere comprometer su Hacienda y exponerse a un descrédito mortal". (Discurso del 11 de diciembre de 1862).